

Entre ideas y cambio: militantes intelectuales en Neuquén, 1985-2007¹

García, Norma Beatriz²

normabeatrizgarcia2013@gmail.com

Resumen

Este artículo examina el papel de los intelectuales militantes en la transición democrática de Neuquén entre 1985 y 2007, a partir del enfoque de la Historia Cultural de lo Político. Se analiza cómo sus intervenciones —a través de libros, boletines y fundaciones— contribuyeron a redefinir los significados políticos en el marco de las disputas internas del Movimiento Popular Neuquino (MPN). El estudio sostiene que la transición no puede comprenderse únicamente desde la dinámica institucional, sino también desde sus dimensiones simbólicas y culturales, en las que los intelectuales desempeñaron un rol decisivo como arquitectos de comunidades de sentido.

Palabras clave: Transición democrática, Neuquén, Intelectuales, Historia Cultural de lo Político, Movimiento Popular Neuquino

Between Ideas and Change: Militant Intellectuals in Neuquén, 1985–2007

Abstract

This article examines the role of militant intellectuals in Neuquén's democratic transition between 1985 and 2007, drawing on the perspective of the Cultural History of

¹ Este artículo es una versión revisada y ampliada de Norma Beatriz García, “Transición e intelectuales. Neuquén, 1987-2007. Una lectura desde la Historia Cultural de lo Político”, *Kairos. Revista de Temas Sociales*, año 25, nº 47, San Luis, Universidad Nacional de San Luis, junio de 2021, pp. 154-271. Disponible en: <http://www.revistakairos.org>

² Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue. Directora del Proyecto de investigación “De la transición a las transiciones en Neuquén desde la década del 50 hasta la década de los '90. Una lectura desde múltiples lecturas. Actualmente, es integrante de la Red de Estudios Sociohistóricos sobre la Democracia (RESHIDE)

Politics. It explores how their interventions—through books, newsletters, and foundations—helped reshape political meanings amid the internal disputes of the Movimiento Popular Neuquino (MPN). The study argues that the transition cannot be understood solely in terms of institutional dynamics; it must also be seen through its symbolic and cultural dimensions, in which intellectuals played a pivotal role as architects of communities of meaning.

Keywords: Democratic transition, Neuquén, Intellectuals, Cultural History of Politics, Movimiento Popular Neuquino

Introducción

En las últimas décadas, la historiografía argentina se ha concentrado en los procesos nacionales de transición democrática, dejando en segundo plano a los espacios subnacionales. Este trabajo busca contribuir a esa agenda con un estudio de caso: la provincia de Neuquén. A partir del enfoque de la Historia Cultural de lo Político, proponemos examinar las intervenciones de intelectuales militantes del MPN en el período 1985–2007, mostrando cómo produjeron diagnósticos, categorías y narrativas que moldearon sentidos colectivos.

El artículo tiene un doble objetivo: reflexionar sobre la pertinencia de la HCP para pensar la relación entre intelectuales y transición y analizar, con base en un corpus empírico, las intervenciones de actores neuquinos en el marco de las disputas intrapartidarias.

La investigación combina reconstrucción biográfica, análisis textual y contextualización política. El corpus está integrado por: libros de coyuntura (Luis Felipe Sapag, Gustavo Vaca Narvaja), boletines y folletos de circulación interna y territorial, y publicaciones periódicas como el Boletín Confluencia (Osvaldo Pellín).

El criterio de selección se centró en actores con pertenencia orgánica o proximidad al Movimiento Popular Neuquino que utilizaron la escritura como práctica política, es decir, cuya producción buscaba incidir en coyunturas críticas. Se excluyen figuras externas o académicas sin intervención partidaria directa.

El límite de este estudio reside en que se trata de un recorte exploratorio: no pretende abarcar toda la producción intelectual del período, sino destacar trayectorias paradigmáticas que permitan discutir la politicidad de la escritura en contextos de transición.

A) Apuntes teóricos iniciales en torno a la transición, los intelectuales y la Historia Cultural de lo Político

La transición como categoría histórica y política

El concepto de *transición* designa, a la vez, una época histórica y una categoría analítica. Su consolidación como marco explicativo se debe, en buena medida, a los aportes de Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter,³ quienes lo inscribieron en la agenda académica internacional a través del programa *Perspectivas para la democracia*, impulsado por el Woodrow Wilson Center en Estados Unidos. Como señala Cecilia Lesgart,⁴ esta primera generación de polítólogos convirtió la transición en un modelo teórico en ascenso para dar cuenta de los procesos de cambio político en América Latina.

De acuerdo con esta formulación, la transición se concibió como un proceso gradual y paulatino de sustitución de un régimen autoritario o semiautoritario hacia otro democrático. El modelo otorgaba centralidad a las élites políticas, económicas y militares, cuyas negociaciones y pactos eran vistos como los mecanismos principales de desintegración de las dictaduras y, al mismo tiempo, como los garantes del nuevo orden democrático. La novedad consistía en sustraer la democracia de su tradicional condición de variable dependiente del desarrollo económico, para concebirla en cambio como un régimen político en sí mismo, resultado de acuerdos estratégicos y reglas consensuadas entre actores con recursos de poder inciertos.

Ahora bien, este esquema, aunque sumamente influyente, mostraba limitaciones. Al sobredimensionar el papel de las élites y de los partidos políticos, tendía a invisibilizar otras dimensiones del cambio político, en particular la simbólica y cultural. El énfasis en el pacto “por arriba” reducía la transición a un proceso de ingeniería institucional, sin

³ Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Buenos Aires, Paidós, 1994.

⁴ Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.

atender a la formación de preferencias, a la circulación de valores y creencias o a las disputas por los significados de la democracia. En este sentido, el consenso era presentado como un objetivo en sí mismo, casi como una mistificación del pacto social, soslayando el carácter conflictivo, imaginario y disputado de toda experiencia democrática.

Frente a estas limitaciones, los aportes de Juan Carlos Portantiero y José Nun permiten ampliar la mirada.⁵ Para estos autores, la transición no es solo una sustitución de reglas, sino también un *momento de crisis* en el que se desmantelan equilibrios previos y se configuran nuevos órdenes sociales y políticos. La fortaleza de las coaliciones que emergen en ese contexto depende tanto de la eficacia decisional como de la capacidad de las estructuras de autoridad y de mediación simbólica para otorgar legitimidad. Dicho de otro modo, toda coyuntura de transición supone una reconfiguración de compromisos horizontales y verticales, donde el conflicto y el consenso se entrelazan en una dinámica abierta.

En esta línea, Jacques Rancière nos ofrece una clave conceptual sugerente que nos permitiría pensar la transición como un “momento político”: un tiempo de interrupción de la temporalidad consensual, en el que se fractura una ficción colectiva sobre la idea de comunidad.⁶ En estas coyunturas se reactiva la imaginación política y se reinscriben los imaginarios sociales: actores diversos buscan nuevos conceptos para interpretar el presente, reelaborar el pasado y proyectar expectativas hacia el futuro. Así, la transición puede entenderse como un laboratorio semántico en el que circulan y se reconfiguran lenguajes, representaciones e interpretaciones colectivas.

Es en este registro que los *intelectuales* adquieren relevancia analítica. Al ser productores de ideas, intérpretes y consejeros -como los define Héctor Pavón-,⁷ o bien como sujetos que trabajan con símbolos e ideas antes que, con objetos materiales, en la línea de Norberto Bobbio,⁸ los intelectuales intervienen en el espacio público

⁵ Juan Carlos Portantiero y José Nun (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

⁶ Jacques Rancière, *El espectador emancipado*, Buenos Aires, Manantial, 2010.

⁷ Héctor Pavón, *Los intelectuales y la política en la Argentina: El combate por las ideas 1983-2012*, Buenos Aires, Debate, 2012.

⁸ Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

disputando sentidos. No todos los intelectuales en un sentido genérico interesan aquí, sino aquellos que, rompiendo con los límites endogámicos del saber experto y como afiliados al MPN, se involucran activamente en la arena política y social, aportando visiones, diagnósticos y horizontes de acción en momentos de incertidumbre. Se trata de figuras individuales cuyo “trabajo intelectual público” no es accesorio, sino constitutivo de su función: generar opinión, modelar identidades, disputar valores y orientar imaginarios en coyunturas críticas.

La Historia Cultural de lo Político como perspectiva de análisis

En el marco del apartado anterior, la *Historia Cultural de lo Político* (HCP) ofrece una vía fértil para repensar la relación entre intelectuales y transición. La HCP se nutre de la Historia Cultural, la Nueva Historia Política, la Historia Intelectual, la Historia Conceptual y la Historia Social de las Ideas, pero no se define por la suma de estos aportes, sino por un objeto específico: lo político entendido como modo de expresión de las preguntas y respuestas acerca de la institución de lo social. Como advierte Pierre Rosanvallon, lo político es al mismo tiempo un campo -donde se entrelazan discursos, prácticas e imaginarios que hacen inteligible la vida en común- y un trabajo, entendido como el proceso conflictivo y siempre inacabado de elaboración de reglas, identidades y formas de comunidad.⁹

Desde esta perspectiva, las transiciones pueden ser leídas como coyunturas en las que se desmonta y reconfigura una disposición cultural. Son momentos de desagregación con valor instituyente, que obligan a redefinir creencias y a inventar nuevos lenguajes para inscribir la política en un marco cambiante. En este terreno, los intelectuales se vuelven actores ineludibles: no como observadores externos, sino como protagonistas de las batallas simbólicas e ideológicas que configuran el horizonte de lo posible.

En síntesis, proponemos pensar la transición no solo como sustitución institucional de un régimen político, sino como un *momento político de reconfiguración simbólica*, en el que los intelectuales desempeñan un papel central. La HCP, al situar el análisis en la intersección entre prácticas, lenguajes y representaciones, ofrece un marco

⁹ Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

particularmente potente para comprender cómo estos actores modelaron sentidos, disputaron imaginarios y participaron en la producción de consensos y conflictos en los procesos de democratización.

El intento de abrir nuevos ángulos de lectura sobre las transiciones desde la perspectiva de la Historia Cultural de lo Político (HCP) nos conduce a desplazar la mirada desde la transición como modelo analítico hacia la transición como *momento histórico concreto*. Concebirla de este modo implica reconocerla como un tiempo de descomposición de los sistemas de reconocimiento colectivo y de reconfiguración de los sentidos articulatorios de lo social. Lejos de ser procesos lineales o delimitables con claridad, las transiciones poseen fronteras porosas e imprecisas; sin embargo, comparten un rasgo común: la intensificación de la búsqueda de nuevos significados para el vínculo social y político.

De esta manera, los momentos de transición se caracterizan por la emergencia de formaciones discursivas en tensión, por la absorción y/o rechazo de interpretaciones contrapuestas y por la composición de nuevas formas colectivas de identificación, las cuales suelen arrastrar consigo huellas de exclusión e inclusión. Dichas formas interpretativas se cargan de componentes conservadores y/o fundacionales que disputan lo deseable y lo indeseable, lo posible y lo imposible, lo conveniente y lo inconveniente. En suma, la transición aparece como un *escenario de pugna semántica*, en el que se redefine el repertorio de sentidos a través de los cuales una comunidad interpreta su presente y proyecta su futuro.

B. Rasgos de la transición en Neuquén (1985-2007)

Sobre la base de lo expuesto, podemos identificar un proceso de transición en la provincia de Neuquén que, aunque íntimamente ligado a las luchas internas del Movimiento Popular Neuquino (MPN), trasciende lo meramente partidario. La coyuntura que aquí analizamos se abre en 1985 con la realización de las primeras internas partidarias y se extiende hasta 2007, último año del gobierno de Jorge Sobisch. En este arco temporal, diversos intelectuales -en muchos casos estrechamente vinculados al partido, aunque no siempre integrados en ámbitos institucionalizados- desempeñaron un papel central en la producción de discursos, narrativas y proyectos de legitimación. Sus intervenciones públicas contribuyeron a crear un contexto

político-intelectual que, a la vez que posibilitaba, era producto de una transición entendida como disputa por el sentido de lo político.

Del modelo estado-céntrico al proyecto neoliberal

El punto de partida de la transición intrapartidaria puede situarse en las elecciones legislativas de 1985, cuando el MPN no logró obtener dos de las tres bancas en disputa para diputados nacionales. Este resultado abrió un proceso de autocrítica interna y derivó en la organización de una Comisión de Acción Política, promovida por el senador Elías Sapag, que buscaba democratizar las estructuras partidarias. Hasta ese momento, la selección de candidaturas y autoridades se resolvía en la convención partidaria, dominada por delegados regionales y con fuerte influencia de viejos clanes familiares. La demanda de internas abiertas se convirtió en el eje de un discurso renovador que cuestionaba el liderazgo carismático de Felipe Sapag y la persistencia de mecanismos poco participativos.

De este proceso nació el MAPO (*Movimiento de Acción Política*), primera línea interna opositora que colocó en el centro del debate la necesidad de renovación dirigencial. Con las internas de 1987, por primera vez, los 33.000 afiliados del partido eligieron directamente a sus candidatos a gobernador y vicegobernador. El triunfo correspondió a la fórmula Pedro Salvatori-Lucas Echegaray, ligada al sector de Felipe Sapag. Sin embargo, el solo hecho de someterse al voto directo representaba una novedad institucional que alteraba las reglas de juego y abría la posibilidad de reconfiguraciones posteriores.¹⁰

En 1990, sobre la base de experiencias previas y con impulso de Elías Sapag, se conformó la Línea Blanca, en la que confluyeron dirigentes provenientes del MAPO junto con Jorge Sobisch y los hijos de Elías. Tal como señaló Oscar Gutiérrez, uno de sus referentes, se trataba de un movimiento orientado a *democratizar el partido* y a instaurar las internas como mecanismo regular de selección de candidaturas.¹¹

¹⁰ Gabriel Rafart, “Los peronismos de provincia en transición. Discutir la democracia y renovar el partido”, en Francisco Camino Vela, Gabriel Carrizo y Marisa Moroni (eds.), *Las transiciones a la democracia en sus actores. Reflexiones desde la Patagonia*, Rosario, Prohistoria, 2019, pp. 71-92.

¹¹ Florencia Carnese, “Tiene que aparecer un tercer movimiento histórico en el MPN”, *LM Neuquén*, Neuquén, 5 de agosto de 2012.

La interna de 1991 constituyó un punto de inflexión. Jorge Sobisch, que cuatro años antes había sido relegado, se alzó con la candidatura a gobernador al imponerse con el 51,9% de los votos. La victoria fue interpretada de diversas maneras: para algunos, Sobisch encarnaba una renovación generacional; para otros, representaba una traición al linaje sapagista y una ruptura con la tradición partidaria. Lo cierto es que su ascenso evidenciaba un *quiebre en el esquema tradicional del liderazgo* y la emergencia de un nuevo estilo político.

Sobisch construyó su proyecto en oposición a lo que denominaba las “viejas recetas del paternalismo de Felipe” y la “fría tecnocracia de Salvatori”. En lugar de administrar recursos estatales —en particular las regalías hidrocarburíferas—, proponía abrir espacios a la iniciativa privada y convocar a los empresarios a compartir el poder. Así se delineaba el “sobischismo” o “neoemepenismo”, cuya lógica no buscaba ordenar los cambios, sino instaurar un nuevo orden.

Durante sus tres gestiones de gobierno (1991-1995; 1999-2003 y 2003-2007), Sobisch impulsó una agenda que incluía la reforma del Estado provincial: la descentralización y privatización de empresas estatales, la flexibilización laboral y la apertura a capitales extranjeros. En este sentido, su proyecto se alineaba con las políticas neoliberales implementadas a nivel nacional bajo el menemismo. La creación de la Subsecretaría de Seguridad y Justicia, las negociaciones con empresas como Pescarmona y Repsol y los intentos de reformar la Constitución provincial en los primeros meses de gestión marcaron la impronta de un gobierno que apostaba a un “shock de eficiencia” antes que a la planificación de largo plazo.¹²

En este contexto, se fue consolidando un escenario de transición interna del MPN y, al mismo tiempo, de transformación más amplia de la relación entre Estado, sociedad y mercado en la provincia. La política neuquina atravesaba una tensión entre continuidad y ruptura: mientras las redes de poder tradicionales buscaban preservar ciertos liderazgos y estructuras, emergían nuevos discursos que apelaban a la renovación, la modernización y la iniciativa privada como horizontes deseables.

¹² Ernesto Bilder y Adriana Giuliani, *La Economía Política de la Provincia de Neuquén (1983-2008)*, ponencia presentada en las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

C. Los intelectuales como arquitectos de sentido

Este proceso no puede entenderse sin considerar el papel de determinados intelectuales vinculados al partido, quienes, a través de intervenciones públicas, producción de diagnósticos y elaboración de narrativas, actuaron como arquitectos de comunidades de sentido en medio de la transición. Su función no fue meramente acompañar a los líderes políticos, sino contribuir activamente a la construcción simbólica del cambio o de la negación del mismo, generando conceptos, metáforas y relatos que dotaban de inteligibilidad a un presente signado por la descomposición de certezas y por la pugna en torno a las certidumbres futuras.

De este modo, entre 1985 y 2007, Neuquén atravesó una transición que, más allá de sus luchas internas partidarias, debe ser entendida como un *proceso de resignificación cultural y simbólica*, en el que las disputas por el liderazgo, las transformaciones del Estado y las intervenciones intelectuales se articularon para dar forma a un nuevo modo de concebir lo político en la provincia.

b) Caracterización de los intelectuales militantes

Definición y función política del intelectual militante

En el marco de la transición neuquina (1985-2007), entendemos por *intelectuales militantes* a aquellos actores -individuales o colectivos- que, desde el interior del campo partidario, plegaron deliberadamente su producción simbólica a la causa de conservar o transformar el orden político. Su singularidad no residía simplemente en “opinar” o “escribir”, sino en orientar alineamientos, disputar legitimidades y elaborar diagnósticos en coyunturas críticas, cuando la temporalidad del consenso se veía interrumpida por la competencia intrapartidaria.

El pasaje de la selección por consenso a mecanismos competitivos, cristalizado en las internas del MPN y en su división en dos fracciones irreconciliables (la felipista o Amarilla y la sobischista o Blanca), produjo una politización inédita de la vida interna. Se reordenaron lealtades, se construyeron adversarios dentro del propio partido y la actividad política adquirió una doble temporalidad: permanente -por la disputa faccional continua- y periódica -por el ritmo electoral-. En ese clima se multiplicaron los emisores

con pretensión de incidencia: técnicos, profesionales, militantes con capital letrado y dirigentes con oficio de escritura. Sus textos, lejos de ser marginales, funcionaron como prácticas no formales de lucha, a la vez que expandieron el conflicto hacia la opinión pública.

Cabe aclarar la diferencia que se hace entre *intelectuales militantes* y *militantes intelectuales* puede explicarse a partir del lugar desde donde cada uno construye su identidad y su práctica. Los **intelectuales militantes** son, ante todo, intelectuales: su intervención política se apoya en una trayectoria previa en el campo de la producción simbólica, en la investigación, la docencia, la crítica cultural o el trabajo reflexivo. Militan, pero lo hacen desde una posición que preserva cierta autonomía intelectual y que sitúa a las ideas como el punto de partida de su participación política. Su militancia se articula como una extensión o aplicación de su labor intelectual, y su autoridad se deriva principalmente de la legitimidad que les otorga el campo académico o cultural. En esta clave, su aporte consiste en introducir diagnósticos, conceptos y marcos interpretativos que influyen en debates públicos o partidarios sin quedar completamente subordinados a ellos.

En cambio, los **militantes intelectuales** son, ante todo, militantes. Su pertenencia primaria es el espacio político-partidario, y es desde allí que producen ideas, discursos o reflexiones destinadas a fortalecer un proyecto colectivo. Su trabajo intelectual no se desprende de una búsqueda autónoma, sino que responde a las necesidades de la organización política en la que participan. Funcionan, en términos gramscianos, como intelectuales orgánicos: elaboran argumentos, narrativas y lineamientos conceptuales que acompañan, legitiman y orientan la acción partidaria. Su legitimidad proviene de su trayectoria política, de su inserción territorial u organizativa, y su producción teórica se encuentra moldeada por las demandas del movimiento al que pertenecen.

En síntesis, mientras los intelectuales militantes parten del mundo de las ideas para intervenir en la política, los militantes intelectuales parten de la política para producir ideas que acompañen e impulsen un proyecto partidario.

Publicaciones como tecnologías de intervención

Las intervenciones que examinamos se materializaron en publicaciones socialmente situadas -libros de coyuntura, boletines, folletos, columnas periodísticas, ensayos- que, sin entrar aquí en su recepción, cumplieron una función performativa decisiva. Estas producciones fijaban marcos de interpretación, articulaban memorias, proponían lenguajes evaluativos -“lealtad”, “traición”, “renovación”, “eficiencia”, “paternalismo”- y organizaban la experiencia de la militancia en tiempos de incertidumbre. En términos de la Historia Cultural de lo Político, operaban como dispositivos de inteligibilidad que traducían la coyuntura en opciones normativas y ordenaban expectativas sobre lo deseable, lo posible y lo conveniente.

D. Intelectuales felipistas: Luis Felipe Sapag y Gustavo Vaca Narvaja

Dentro de la línea felipista, Luis Felipe Sapag¹³ y Gustavo Vaca Narvaja¹⁴ constituyen dos perfiles paradigmáticos de militantes intelectuales.

El Neuquén que viene (1991) y *El Dinosaurio Amarillo* (1994) de Luis Sapag condensan la apuesta por reinscribir el presente en una genealogía partidaria en la que la figura de Felipe Sapag se erige como ancla moral y organizativa.

¹³ Luis Felipe Sapag nació en Cutral Có, ciudad petrolera de la provincia de Neuquén, en 1947. Su padre fue Felipe Sapag, fundador y cinco veces gobernador de la misma provincia. Falleció en el año 2019 cuando cumplía funciones como diputado provincial y cuando estaba presidiendo la Comisión de Hidrocarburos, Energía y Comunicaciones de la Legislatura provincial. Además, en ese momento, era vicepresidente del MPN. Fue Ingeniero Industrial recibido en la Universidad Nacional del Sur, de Bahía Blanca, con especializaciones en Organización Industrial, Investigación Operacional, Economía, Ecología, Gestión e Informática. También fue Magíster en Ciencia, Tecnología y Sociedad, posgrado obtenido en la Universidad Nacional de Quilmes.

Desde 1973, trabajó en la redacción del diario *La Opinión* de Buenos Aires como redactor y columnista en las secciones de economía y tecnología. En 1976, regresó a Neuquén para hacerse cargo de la edición del diario *Sur Argentino*, propiedad de los hermanos Elías y Felipe Sapag. Estuvo hasta su cierre que se debió a presiones del gobierno de facto en el año 1978. En 1985, en las mismas instalaciones, fundó *El Diario del Neuquén* junto a otros empresarios entre los que estaban Pedro Salvatori, Jorge Sobisch y Amadeo Riva. Lo dirigió hasta 1991 cuando fue vendido a Julio Ramos, dueño del matutino *Ámbito Financiero* de Buenos Aires.

Participó activamente de toda la historia del partido provincial. Fue presidente de la Seccional Neuquén del MPN desde 1982 hasta 1987 y su secretario de Acción Política desde 1987 hasta 1991. Se presentó a las elecciones internas a gobernador en 1991 junto a Jorge Sobisch, pero no pudo alcanzar la candidatura. En julio de 2011 fue elegido diputado provincial, y reelegido en el año 2015.

En 1995 fue nombrado director de Relaciones Institucionales de la Secretaría de Estado del COPADE, el organismo de planificación del gobierno neuquino, en el que participó, junto al arquitecto y profesor Ramón Martínez Guarino, de la construcción de la estrategia para encarar los desafíos de la Globalización, lo que se denominó “Plan Neuquén 2020. Crisis y Oportunidad”. En 2004, coordinó un equipo interdisciplinario que actualizó el proyecto, denominado “Plan Pehuén para la Reconstrucción Cultural, Política y Económica de Neuquén”.³⁹ Tiene una importante producción de libros. De los cuales consideraremos los que siguen por ser centrales en la disputa ideológica de la etapa de transición. En el libro *El Neuquén que viene*, publicado en 1991, anticipó la crisis que amenazaba a la provincia, haciendo propuestas que en su momento fueron consideradas demasiado audaces. *El Dinosaurio Amarillo* (1994) es un análisis histórico del proceso político que llevó a Felipe Sapag nuevamente a la gobernación en 1995.

¹⁴ Gustavo Vaca Narvaja nació en Córdoba en 1942 donde se recibió de médico cirujano en 1968. En los '60, militaba en las organizaciones estudiantiles. Cuando se recibió en 1968, fue convocado para realizar suplencias como médico en Río Gallegos y en los hospitales de Perito Moreno y Jaramillo. Por enfrentarse con el Gobernador militar de Santa Cruz fue despedido y regresó a Córdoba. En Neuquén, participó activamente desde el inicio en 1970 del desarrollo del Plan de Salud Neuquino basado en la Atención Primaria, en la articulación del hospital con los centros de salud y en la formación de recursos humanos. Por razones familiares, regresó a Córdoba en 1972. Allí trabajó hasta que la Presidenta de la Nación lo declaró prescindido y se le prohibió trabajar por 5 años en la provincia de Córdoba.

Con el triunfo de Ricardo Alfonsín, recuperó el derecho de ingresar como médico externo al hospital. En 1984, Felipe Sapag lo reincorporó y lo pasó al centro de Salud de San Lorenzo Norte, donde comenzó su militancia en el MPN. Se desempeñó como Ministro de Salud de la Provincia de Neuquén entre 1987 y 1991 durante la gestión de Pedro Salvatori y fue Diputado Provincial del MPN 1995 a 1999 durante la 5º gestión del gobernador Felipe Sapag.

El sobischismo está inserto en la Lista Blanca y le hace mucho daño. Son un grupo de gente (...) que no dudan en utilizar el poder del gobierno para sus objetivos de enriquecimiento personal y permanencia en sus cargos (...) Sobisch no tiene ideas, ni espíritu, ni coraje para hacer lo que hizo Felipe desde el llano: concretar las esperanzas de los marginados y los desplazados¹⁵

Luis Felipe Sapag encarna la figura del intelectual militante en la transición neuquina. Ingeniero, periodista y dirigente partidario, combinó el ejercicio institucional con la producción escrita destinada a intervenir en la disputa interna del Movimiento Popular Neuquino (MPN). Sus textos no fueron simples memorias personales, sino tecnologías de intervención simbólica, en tanto ofrecieron diagnósticos, elaboraron genealogías y trazaron fronteras de legitimidad.

En el contexto de la fractura entre felipistas (Amarillos) y sobischistas (Blancos), Sapag escribió con un objetivo explícito: “mostrar los entretelones de una circunstancia por demás interesante, con los métodos aplicados por nosotros y lo que podíamos ver y deducir de los de nuestros adversarios”¹⁶. Su libro *El dinosaurio amarillo*, publicado en 1995, puede leerse como una crónica militante de la “Madre de todas las internas”, en la que Felipe Sapag se enfrentó a Jorge Sobisch. La obra buscó fijar sentidos en una coyuntura crítica, dotando de inteligibilidad al presente a partir de un eje moral: la lealtad a la tradición sapagista versus la traición del sobischismo.

Sin embargo, la producción intelectual de Luis Felipe no se agotó en ese texto. Ya en 1991 había publicado *El Neuquén que viene*, un libro escrito en el marco de su precandidatura a la gobernación. Allí desplegó un conjunto de ideas que combinaban admoniciones, advertencias y proyecciones optimistas sobre el porvenir de la provincia.. El texto, influido por el clima de época signado por el menemismo, planteaba un horizonte de modernización para Neuquén y advertía sobre los riesgos de un Estado sobredimensionado y con recursos limitados.

Leído en perspectiva, *El Neuquén que viene* expresa la capacidad de Luis Felipe para anticipar diagnósticos que luego marcarían la agenda provincial, como la preocupación por el gasto público, la dependencia de las regalías hidrocarburíferas y la necesidad de

¹⁵ Luis Felipe Sapag, *El dinosaurio amarillo*, Neuquén, Imagen Gráfica, 1995, p. 194.

¹⁶ Luis Felipe Sapag, *El dinosaurio amarillo*, Neuquén, Imagen Gráfica, 1995, p. 12

reconversión productiva. Así, mientras *El dinosaurio amarillo* interviene en la coyuntura inmediata de la interna partidaria, *El Neuquén que viene* proyecta un horizonte de futuro, intentando situar la discusión neuquina en clave nacional y proponiendo un programa de reforma.

El aporte central de Sapag como intelectual militante radica, entonces, en esta doble operación: reinscribir el presente en una genealogía partidaria, moralizando el conflicto en términos de tradición/traición, y a la vez proyectar un futuro posible para Neuquén a partir de diagnósticos estructurales sobre la economía y el rol del Estado. Desde la perspectiva de la Historia Cultural de lo Político, ambos libros deben entenderse como artefactos de lucha simbólica, cuyo valor no reside únicamente en la información que aportan, sino en su capacidad para configurar horizontes de sentido y articular experiencia, memoria y expectativa en el marco de la transición neuquina.

Por su parte, Gustavo Vaca Narvaja -médico, gestor del Plan de Salud neuquino, ministro y diputado- articuló militancia de base con una prosa abiertamente polemista. Fundó *Proyección Federal*, ensayó técnicas de movilización territorial mediante boletines y, en la serie *El hijo bastardo* (1994, 1996) y *Guantes Blancos* (1996), deslegitimó al sobischismo a partir de una gramática que combinaba categorías morales y políticas.

Estamos en un momento político para la sobrevida. Cruzamos una de las fronteras más delicadas en la vida política de un partido, como lo es la de haber puesto en duda públicamente, la conducta, la trayectoria y la capacidad en los últimos treinta años del fundador del MPN, Felipe Sapag. La permanente descalificación de su figura por los propios operadores políticos del Gobierno (sobischista) puede llevar al MPN a un cambio sin retorno.¹⁷

El hijo bastardo (1994-1996) y *Guantes blancos* (1996), ambos escritos por Gustavo Vaca Narvaja, permiten observar con nitidez cómo se articulan distintas formas de intervención intelectual y militante en el seno del Movimiento Popular Neuquino (MPN) durante los años noventa.

¹⁷

Guillermo Vaca Narvaja, *El hijo bastardo 1*, Córdoba, Narvaja Editor, 1994, p. 251.

En primer lugar, resulta evidente la diferencia en el contexto de producción. *El hijo bastardo* surge en un momento de ascenso del sobischismo, cuando la disputa interna aún no estaba resuelta y era necesario definir simbólicamente al nuevo actor. Su propósito fue interpelar a la militancia y ofrecer una clave de lectura en torno al clivaje lealtad versus traición. En cambio, *Guantes blancos* se publica tras la derrota de Jorge Sobisch en 1995, en un escenario donde ya existían más de 240 causas judiciales abiertas contra funcionarios de su gestión. Aquí el objetivo se desplaza hacia la denuncia documentada y la deslegitimación pública de la gestión anterior.¹⁸

En cuanto a los ejes narrativos, *El hijo bastardo* conceptualiza al sobischismo como un ‘accidente histórico’ dentro del MPN, una fractura que quebraba la continuidad de la tradición sapagista. El texto se organiza en torno a una lógica moral, presentando la traición como el núcleo de la ruptura. Por su parte, *Guantes blancos* introduce un desplazamiento: ya no se trata solo de un problema de legitimidad política interna, sino de un régimen de corrupción sostenido por la propaganda y la simulación de transparencia. El contraste se establece entre una transparencia real y una transparencia ficticia, con el fin de demostrar la inconsistencia entre discurso y práctica.

Las diferencias en el dispositivo discursivo son también relevantes. *El hijo bastardo* emplea un lenguaje polémico y panfletario, propio de un intelectual militante que busca interpelar directamente a los cuadros partidarios. *Guantes blancos*, en cambio, adopta un registro más jurídico-político, basado en la enumeración de irregularidades, en la recopilación de pruebas y en el señalamiento de ilícitos concretos. Su función excede la interna partidaria: busca educar a la ciudadanía en la práctica de la denuncia y en el ejercicio del control democrático sobre las instituciones.¹⁹

Finalmente, al articular ambos textos, se advierte un proceso complementario. *El hijo bastardo* cumple la función de nombrar, desacreditar y deslegitimar al sobischismo en clave moral y política. *Guantes blancos*, por su parte, compila y sistematiza denuncias que dan sustento material a aquella caracterización previa. Juntos conforman un diptico: primero la batalla simbólica interna, luego la batalla pública y judicial. De esta manera,

¹⁸

Guillermo Vaca Narvaja, *Guantes blancos*, Córdoba, Narvaja Editor, 1996.

¹⁹

Guillermo Vaca Narvaja, *Guantes blancos*, Córdoba, Narvaja Editor, 1996.

Vaca Narvaja construye un dispositivo discursivo que combina memoria partidaria, denuncia política y pedagogía cívica.

En conclusión, la lectura conjunta de ambas obras revela el modo en que Vaca Narvaja encarna la figura del intelectual militante. Lejos de limitarse a la reflexión abstracta, interviene activamente en la coyuntura, denuncia prácticas de corrupción, disputa el sentido de la tradición partidaria y promueve un horizonte de participación ciudadana. Se trata, en definitiva, de un corpus que ilustra cómo la escritura política puede articularse con la acción concreta, incidiendo en el terreno simbólico, judicial y social al mismo tiempo.

En ambos autores, la tríada lealtad-confianza-tradición estructura el relato: el sobischismo aparece como “accidente”, “desviación” o “bastardía” del linaje emepenista; la traición se convierte en clave para leer la transición, activar la memoria partidaria y trazar fronteras de pertenencia; la lealtad, como virtud simbólica, articulaba, en su discurso, obligaciones recíprocas entre líder, militancia y comunidad provincial.

E. Intelectuales sobischistas: el caso de Osvaldo Pellín

Desde la vereda sobischista, la trayectoria de Osvaldo Pellín²⁰ ilustra otra lógica de intervención. Médico con extensa carrera hospitalaria y cargos públicos, en 1995

²⁰ Osvaldo Pellín, alineado durante el primer y el segundo gobierno a Jorge Sobisch, nació en el barrio de Parque Chacabuco, en la ciudad de Buenos Aires, en 1940. Estudió en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, a la que ingresó en 1958. Se recibió de médico en 1963 a los 23 años, y realizó la residencia médica en el Hospital Regional de Mar del Plata.

En 1965, Pellín fue invitado a trabajar como médico termalista en la localidad de Copahue. Su contrato era por tres meses. Vencido éste, eligió como próximo destino la ciudad de Cutral Co. En el hospital de esa localidad, trabajó junto al director Alberto Del Vas, uno de los impulsores del Plan de Salud en 1970. En ese nosocomio, se desempeñó como jefe del Centro Materno Infantil y concurrente del servicio de Pediatría. En 1972, al ser nombrado Del Vas Ministro de Bienestar Social, Pellín ejerció como Director de Atención Médica. A comienzos de la dictadura que se inicia en 1976, debió dejar el hospital. Posteriormente regresó y en 1978 lo designaron Jefe del Servicio de Pediatría. En esos tiempos, organizó con otros colegas una Escuela Domiciliaria en el Hospital Castro Rendón, tendiente a alfabetizar a todo el personal que no contaba con estudios primarios y se los alentaba para iniciar estudios secundarios.

En 1985, Pellín fue electo diputado nacional por el MPN. Terminado el mandato, regresó al hospital hasta que en 1991 volvió a la escena política para integrar el gabinete del gobernador Jorge Sobisch como Ministro de Gobierno y Justicia.

En 1994, fue candidato y nuevamente electo diputado nacional por el MPN como aliado al sobischismo. Al finalizar su mandato, en 1998, Pellín renunció al partido y se afilió al Partido Socialista. Se presentó como candidato a convencional por Encuentro Amplio, un frente entre el Partido Intransigente, el Partido Socialista e independientes. Encabezaba la lista y fue el único que entró. Se sumó al Frente Cívico para oponerse al emepenistas y quiroguitas. En el año 2006, intentó formar una unidad de diferentes sectores (Unión de los Neuquinos –UNE-, Patria Libre y Frente Cívico) en una sola propuesta electoral para vencer al MPN.

impulsó la Fundación Confluencia, un *think tank* con un boletín mensual, *Confluencia*, y una red de colaboradores académicos y técnicos. Confluencia se presentó con un registro tecno-reformista: diagnósticos sectoriales y un ethos de eficiencia y apertura al mercado, en sintonía con la modernización estatal de los años noventa.

La Fundación publicó el *Boletín Confluencia*, fue su órgano de difusión y lo dirigió Osvaldo Pellín. Constituyó en los años noventa un dispositivo central para pensar la relación entre conocimiento, política y ciudadanía en la provincia de Neuquén. A diferencia de las dinámicas tradicionales del Movimiento Popular Neuquino (MPN), fuertemente atravesadas por la disputa faccional, la publicación se propuso como un espacio plural e independiente que buscaba trascender el enfrentamiento partidario y generar un horizonte de debate más amplio. En sus páginas se afirmaba la necesidad de pasar “de la promoción a la propuesta, de lo políticamente normativo a las visiones de la realización posible. Del conocimiento del qué a la acción del cómo”, subrayando así una concepción pragmática y reformista de la política, donde la clave residía en la factibilidad de las acciones antes que en la enunciación de consignas abstractas.

La estrategia comunicacional del boletín estuvo orientada a una amplia difusión territorial. Sus ejemplares circularon no solo en Neuquén capital y las principales ciudades del Alto Valle, como Cipolletti y Plottier, sino también en localidades más apartadas, entre ellas Chos Malal, Junín de los Andes, Caviahue y Las Lajas. Este despliegue territorial da cuenta del propósito de ampliar el acceso al debate intelectual y de alcanzar a públicos diversos, extendiendo la reflexión política más allá de los núcleos urbanos tradicionales.

El contenido del boletín expresaba una vocación de apertura y articulación. En él escribían académicos de la Universidad Nacional del Comahue, especialistas de la Universidad del Salvador, profesionales ligados a la fundación, empresarios y funcionarios públicos. Esta heterogeneidad de voces permitía construir un espacio híbrido de discusión donde confluían saberes técnicos, perspectivas académicas y experiencias de gestión. En este sentido, el *Boletín Confluencia* operaba como puente entre el conocimiento experto y el poder político, proponiendo un modelo de intervención tecnocrática y reformista que aspiraba a transformar la vida pública neuquina desde la fuerza de las ideas.

Desde un punto de vista analítico, puede afirmarse que el boletín pretendió funcionar como una herramienta de pensamiento político. Su intención no era únicamente producir diagnósticos, sino también habilitar discusiones sobre educación, salud, finanzas públicas, parques nacionales y desarrollo productivo, es decir, sobre temáticas que la fundación consideraba estructurales para la provincia. En esa línea, la publicación alentaba a que la ciudadanía asumiera un rol activo en el control democrático y en la generación de propuestas, ubicándose como un actor político-intelectual que buscaba redefinir los términos del debate público en Neuquén.

En síntesis, el *Boletín Confluencia* representó un intento de crear un espacio alternativo al interior de la cultura política neuquina. Bajo la conducción de Osvaldo Pellín, la Fundación Confluencia apostó por un modelo de intervención que combinaba la circulación de ideas con la construcción de redes sociales y territoriales. De este modo, la publicación se convirtió en un ejemplo paradigmático de la figura del intelectual militante en clave provincial: un actor que, desde la reflexión y la escritura, procuró incidir de manera directa en la arena política y en la configuración simbólica del MPN.

Más que moralizar el conflicto, la Fundación buscó tecnificarlo, tender puentes entre conocimiento experto y decisión política y ampliar el “nosotros” más allá del perímetro partidario, mediante una distribución provincial de ideas y un lenguaje de políticas públicas. Este dispositivo funcionó como un intento de institucionalizar la reflexión política en clave programática, en un contexto donde el MPN comenzaba a tensionarse entre prácticas de modernización y formas patrimoniales de conducción.

La posterior crítica a la corrupción sobischista fracturó esa experiencia y precipitó su disolución. Como señaló Pellín, “cuando la política se convierte en un botín y no en un espacio de servicio, la palabra queda vaciada de sentido”²¹. Esta toma de posición contra las prácticas clientelares y la apropiación patrimonial del Estado por parte del sobischismo no solo quebró la legitimidad del proyecto fundacional, sino que también marcó el inicio de su distanciamiento del MPN. Su apelación a la ética pública lo colocó en una posición incómoda dentro del partido, revelando que el espacio se había vuelto incompatible con el horizonte reformista que pretendía sostener.

²¹ Osvaldo Pellín, *La palabra vaciada: notas sobre ética y política en Neuquén*, Neuquén, Ediciones del Comahue, 2003, p. 87.

Ese desplazamiento tuvo un recorrido gradual: primero, mediante intentos de articular con otras combinaciones partidarias que ofrecieran una plataforma para canalizar su capital simbólico; luego, con un progresivo abandono de la militancia estrictamente partidaria. En sus memorias políticas reconocía: “me fui quedando sin partido, pero no sin convicciones”.²² El pasaje hacia la producción literaria puede ser interpretado, en este marco, como una reformulación de su vocación de intervención: la escritura se transformó en un nuevo vehículo de acción simbólica, ya no orientado a incidir en la competencia faccional, sino a intervenir en la esfera cultural y memorial. En *Cauces de la memoria* (2010) alude explícitamente a ese tránsito: “la política fue un lenguaje roto; la literatura, en cambio, me permitió volver a armar las palabras”.²³

De esta manera, el itinerario de Pellín condensa un movimiento más amplio de los intelectuales militantes neuquinos: de la politicidad partidaria a la politicidad cultural, mostrando cómo los quiebres internos del MPN funcionaron como catalizadores de trayectorias intelectuales que buscaron sostener, por otros medios, la disputa simbólica sobre el sentido de lo público.

Rasgos compartidos y balance

La caracterización biográfica comparada revela rasgos comunes que explican la densidad de estas intervenciones: formación universitaria, experiencia en el sector público, vínculos orgánicos con el MPN y una relación cotidiana con la escritura como práctica política. Esa confluencia de capitales -letrado, burocrático y militante- explica la potencia de sus textos para ordenar la experiencia colectiva en un partido en disputa y, a la vez, para intentar ensanchar su frontera social.

El efecto no fue menor: mientras los libros de coyuntura felipistas buscaron reagrupar y moralizar la lectura del presente, los boletines de base articularon micropolíticas de movilización y el *think tank* sobischista procuró dotar de verosimilitud técnica a un programa de reforma estatal, anudando expertos y agendas sectoriales.

²² Osvaldo Pellín, *Memorias políticas: del MPN a la intemperie*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2008, p. 142.

²³ Osvaldo Pellín, *La palabra vaciada: notas sobre ética y política en Neuquén*, Neuquén, Ediciones del Comahue, 2003, p. 34.

Clivajes discursivos y funciones de la escritura

Si se observa el período 1990-1996, el clivaje discursivo se vuelve evidente. Para el felipismo, la continuidad del “modelo neuquino” se fundaba en la memoria de obras, la expansión institucional y el tejido de solidaridades. El adversario interno se definía por contraposición: amoral, oportunista, desarraigado de la tradición y de la comunidad. Para el sobischismo, en cambio, la gramática de modernización, eficiencia y apertura reconfiguraba las prioridades del Estado, invitaba a los empresarios a “compartir el poder” y denunciaba el “paternalismo” y la “tecnocracia” como lastres del pasado.

No se trataba solo de retóricas divergentes: cada una organizaba horizontes de acción, delimitaba aliados y enemigos, prescribía estrategias y definía la escala del cambio -qué transformar, cuánto, cómo y con quién-. En este marco, la escritura cumplió al menos cuatro funciones políticas: codificar el conflicto mediante pares evaluativos que estabilizan el sentido; coordinar acciones al señalar prioridades y repertorios; impartir legitimidad, ya fuera en valores (lealtad, honestidad) o en racionalidades (eficiencia, tecnicidad); y escalar la contienda, trasladando la disputa faccional al espacio público y provincializando el debate -si el MPN era Neuquén, entonces Neuquén debía involucrarse-.

En este sentido, la figura del intelectual militante pone de relieve la dimensión simbólica de la transición. Lejos de ser un simple acompañamiento de los liderazgos políticos, estos actores operaron como arquitectos de comunidades de sentido, capaces de elaborar relatos que dotaban de inteligibilidad al presente y que ofrecían un horizonte de expectativas a militantes y simpatizantes. El felipismo apostaba a la restauración de la confianza en la tradición y en el liderazgo histórico; el sobischismo proponía un quiebre con el pasado y la fundación de un nuevo orden bajo el signo de la modernización. Ambas posiciones coincidían en concebir al partido como sinónimo de Neuquén: de allí que la disputa interna se viviera como una batalla por el destino mismo de la provincia.

Así, la caracterización de estos intelectuales militantes nos permite afirmar que la transición neuquina no fue solamente un proceso de reorganización institucional del partido hegemónico, sino también un momento político de intensa resignificación cultural. La fractura partidaria, la emergencia de nuevas narrativas y la producción de

textos militantes dieron forma a un laboratorio simbólico en el que se jugaba la definición de la tradición, la legitimidad de los liderazgos y la dirección de la comunidad política provincial.

Consideraciones finales

El recorrido por la transición neuquina entre 1985 y 2007 muestra que el estudio de los intelectuales militantes abre un ángulo renovador para comprender los procesos de cambio político en la Argentina posdictatorial. Frente a una historiografía que se concentró en las élites nacionales y en los pactos de salida del autoritarismo, el caso neuquino revela la importancia de la dimensión simbólica y cultural. En un partido hegemónico como el MPN, la transición no se redujo a la dinámica institucional: implicó también una disputa por los sentidos en la que los intelectuales jugaron un papel decisivo.

A través de libros, boletines y fundaciones, estos actores produjeron diagnósticos, definieron categorías como “lealtad”, “traición”, “modernización” o “eficiencia” y elaboraron narrativas que legitimaron liderazgos. En el felipismo, la apelación a la tradición y a la lealtad dio forma a una lectura moralizante del conflicto, mientras que el sobischismo construyó su identidad en torno a la modernización y la eficiencia, proyectando un horizonte de ruptura y refundación. En ambos casos, la escritura funcionó como un dispositivo de inteligibilidad capaz de convertir crisis partidarias en marcos interpretativos para militantes y ciudadanía.

Desde una clave ranceriana, la transición aparece como un “momento político”: una interrupción del consenso que obligó a redefinir qué preservar y qué transformar. La fractura del MPN en dos fracciones irreconciliables se convirtió en un laboratorio discursivo en el que los intelectuales trasladaron la contienda partidaria al terreno provincial, vinculando así el destino del partido al futuro mismo de Neuquén. Al provincializar la disputa, ampliaron su alcance y la convirtieron en un debate sobre la democracia en los espacios subnacionales.

El análisis de estos intelectuales desde la Historia Cultural de lo Político permite enriquecer la historiografía de la transición. La democracia, más que un resultado de pactos institucionales, se sostuvo en lenguajes, valores e identidades que hicieron

posible imaginar comunidad y mantener legitimidades. La política se jugó tanto en las reglas como en las palabras y los símbolos que organizaron lo decible y lo practicable. En definitiva, la experiencia neuquina demuestra que los procesos subnacionales son claves para complejizar la mirada sobre la transición. Al recuperar las intervenciones de los intelectuales militantes, se ilumina un aspecto decisivo: la consolidación de la democracia argentina también fue producto de disputas culturales y narrativas que, desde lo local, resignificaron el sentido mismo de lo político.

Bibliografía

- Bilder, Ernesto y Adriana Giuliani, “La Economía Política de la Provincia de Neuquén (1983–2008)”, Acta presentada en las XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.
- Bobbio, Norberto, *Los intelectuales y el poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Canelo, Paula, “Los militares en la transición democrática argentina: entre la desarticulación y la recomposición corporativa”, *Revista de Sociología*, N.º 22, Buenos Aires, 2008, pp. 45-74.
- Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*, Rosario, Homo Sapiens, 2002.
- Mouffe, Chantal, *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo, *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- O’Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre democracias inciertas*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- Pavón, Héctor, *Intelectuales y poder. Una mirada latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

Pellín, Osvaldo, *Memorias políticas: del MPN a la intemperie*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2008.

Pellín, Osvaldo, *Cauces de la memoria*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2010.

Pellín, Osvaldo, *La palabra vaciada: notas sobre ética y política en Neuquén*, Neuquén, Ediciones del Comahue, 2003.

Pellín, Osvaldo, *Lenguajes rotos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Portantiero, Juan Carlos y José Nun, *Ensayos sobre la transición democrática*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

Rosanvallon, Pierre, *Por una historia conceptual de lo político*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Sapag, Luis Felipe, *El Neuquén que viene*, Neuquén, Ediciones del Comahue, 1991.

Sapag, Luis Felipe, *El dinosaurio amarillo*, Neuquén, Imagen Gráfica, 1995.

Vaca Narvaja, Gustavo, *El hijo bastardo*, Córdoba, Narvaja Editor, 1994.

Vaca Narvaja, Gustavo, *Guantes blancos*, Córdoba, Narvaja Editor, 1996.